

blicar en un volumen sus egregios cantos. Sólo ahora podemos recurrir a una recopilación casi completa de los maravillosos versos que de aquel poeta genial todos hemos leído. En Estados Unidos, a iniciativa de una institución mejicana, fué el gran maestro español Federico de Onís quien emprendió y llevó a término la empresa; y en Chile, además del cuidado personal y directo de la autora—que desde México envió corregidos y dispuestos sus originales—, la Editorial Nascimento se hizo asesorar para publicar «Desolación» por nuestro perfecto prosista Eduardo Barrios. La edición chilena de este libro que marcará una época, es más completa, y por lo pronto expurgada de toda tropelía tipográfica, que la yanqui.

¿Qué hemos de decir nosotros de este libro? Nuestro sentir de jóvenes se recoge a admirar y espera que hablen los entendimientos magistrales que en América y España han asumido la función crítica de los valores estéticos.

Las promesas literarias e intelectuales son, como siempre..., riquísimas. De todas ellas serán muy pocas sin duda las que cuajarán en realidades, pero hay algunas que ya lo son casi por entero.

Se encuentra para salir de un momento a otro a la luz pública el primer volumen poético de un novísimo poeta nuestro que cuenta ya en Chile con

un prestigio sólido. Es Pablo Neruda este poeta — próximamente le enviaré para el REPERTORIO versos inéditos suyos — y «Crepusculario» el título de su obra destinada, en nuestro concepto, a despertar en quienes la lean una incondicional admiración.

También aparecerá dentro de poco un libro de narraciones novelescas: «Vidas Mínimas», escritas por un joven cuentista y periodista de renombre: González Vera. Es ésta una obra honrada y sincera, llena del dolor del suburbio en que se albergan la miseria y el crimen y en que florecen la tragedia y el hambre.

Y con esto he terminado ya, por fin, respetado amigo García Monge. A medida que en nuestro ambiente ocurre algo, cumpliré con el deber para mí muy grato, de hacérselo conocer a usted y por su intermedio, si así le parece, al amplio público hispanoamericano del REPERTORIO. Por ahora permítame que le manifieste de nuevo mis agradecimientos por la distinción de que me hizo objeto al acoger en aquella revista mis modestas cuartillas.

Mande a su amigo y servidor que no espera otra cosa que saber ser un humilde obrero de esa confraternidad racial que el REPERTORIO, mejor que congresos y conferencias, realiza en nuestro continente.

RAÚL SILVA CASTRO

Mi nueva dirección: San Francisco 1116, Santiago de Chile.

Las reinas de las colmenas

EN uno de los más suntuosos salones del «Hotel de Ville» se celebró ayer la recepción solemne. M. Peuch, presidente del Consejo Municipal, acompañado de los vicepresidentes y de muchos de sus colegas, se apresuró a salir al encuentro de la soberana, que llegaba acompañada de sus damas de honor, espléndidas de juventud y de gracia. Todo era emoción y estremecimiento bajo los magníficos artesanados y entre los muros cubiertos de tapices, cuando el presidente, inclinándose respetuosamente, dijo a la señora:

—Nuestra Casa municipal ha recibido a muchas reinas; pero ninguna me ha inspirado, señora, tanto respeto como vos. Sería menester que todas las mujeres de Francia siguieran vuestro ejemplo, para gloria de su territorio.»

Estas palabras sobrias y concisas, pero elocuentes y sinceras, no han sido dirigidas, sin embargo, a persona alguna de sangre real; han sido ofrendadas por el presidente del Ayuntamiento

de París a una aldeana humilde, de setenta y tres años, a la viuda Juan Horteur, elegida reina de una semana en el homenaje rendido por París a la Agricultura y organizado brillante y espléndidamente por «Le Petit Journal».

Esta soberana, que escuchó ayer en el «Hotel de Ville», en la Opera y en las calles las aclamaciones de la capital más inteligente, más artista y más generosa del mundo, no ha sido regenta de déspotas ni protectora de favoritos, como esas reinas de piedra azulada que

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

se yerguen sobre los pedestales del jardín señorial del Luxemburgo. Esta viejecita risueña se ha consagrado con todas sus fuerzas y durante cincuenta y cinco años al santo cultivo de la tierra. La ha hecho amar a sus diez y siete hijos, todos cultivadores; a sus veintisiete nietos, que lo serán pronto, y a sus tres biznietos, que lo serán más tarde. Ha ejercido un matriarcado de virtud y de abnegación, y, al recibir en sus manos, ligeramente temblorosas, los ramos de flores y las monedas de oro y los ósculos de los más altos funcionarios, no ha sabido contestar sinc con esta noble frase espartana:

—He cumplido con mi deber.

¡Bella fiesta la de ayer, a la cual quiso asociarse un sol esplendoroso, que rasgó durante algunas horas las brumas parisinas! Las damas de honor, que, desde niñas pasaron las más duras fatigas para ayudar a sus ancianos padres; las aldeanas de las más apartadas regiones, engalanadas con sus trajes típicos, despertaron la universal curiosidad y admiración de esta ciudad emporio, que de nada se sorprende ni de nada se admira. Las fiestas en honor de los músicos belgas, las carreras de Chantilly, en que «Capucin» ganó el gran premio del Jockey Club; las Olimpiadas del estadio Pershing; las mil y una diversiones que ofrece a diario la ciudad bella y sofiadora, no restaron en un ápice el interés de esta coronación democrática, propia de un gran pueblo que ha sabido, en la paz, sembrar ideas y energías, y salvar, en la guerra, la causa gloriosa de la Libertad y de la Civilización.

España, una de cuyas humildes ciudades—de que he de hablar muy pronto—ha coronado ya a sus viejos de rosas, debe seguir el ejemplo de París e imitar la iniciativa del primero de los diarios franceses, coronando a sus aldeanas más abnegadas y laboriosas. Harto lo han menester nuestros campos esquilados, nuestras costumbres olvidadas, nuestros sentimientos democráticos en franca decadencia. No hay más que una gloria legítima: la del trabajo virtuoso.

Y por eso París ha discernido a Juana, la aldeana, esa corona de laurel, que ha reservado siempre a los grandes genios, como el de ese viajero de países azules, ese evocador mago de sublimes paisajes, ese glorioso autor de «La novela de un spahi» y de «Los pescadores de Islandia», ese incomparable Pierre Loti, cuya vida se extinguió ayer dulcemente en Hendaya, a la hora misma en que París aclamaba a las reinas de los trigales, de los huertos y de las colmenas.

ANTONIO ZOZAYA

París, 11 de Junio

(La Libertad, Madrid).